

SERMON DÉCIMOSEXTO.

De la pasión de los hombres de Estado y de los hombres de genio contra la doctrina católica.

Acaso debería pasar adelante y no ocuparme ya de la cuestión que trataba el último domingo, puesto que saqué de ella en favor de la doctrina católica toda la conclusión que contenía. Deseo no obstante detenerme aun mas en esto, porque no es un fenómeno pequeño ver las pasiones del hombre excitando, respecto de una doctrina, esa repulsión que vemos en el mundo respecto de la Iglesia católica. Concibo sin trabajo que cada hombre, tomado aisladamente, herido en su orgullo y en sus sentidos, se subleve contra el cristianismo; pero ¿qué resultará de esto? Rebelías parciales, protestas perdidas en el respeto general de la humanidad. Se esconderá el vicio, hasta se adornará exteriormente con los velos de la virtud, y dejará á toda la sociedad, como un ejército formado en batalla, proseguir su camino, sin que se inquiete de las traiciones oscuras que se pierden en la comun fidelidad. Así como un ejército no se detiene en su marcha ni en sus designios por los corazones viles que tiemblan á la vista del fusil y la pólvora, así, como si no se tratara mas que de repulsiones aisladas, la sociedad pasaría arrastrando en sus olas todo ese lodo, como un rio arrastra en sus corrientes las arenas impuras, y llevándonos á todos hasta lo infinito en el océano de la vida, de quien la doctrina católica no es en la tierra mas que el curso y movimiento.

Pero hay otra cosa, Señores; la guerra contra la doctrina católica no es una guerra de muchachos perdidos, es una guerra civil, una guerra social, y como esa guerra es, desde hace diez y ocho siglos, toda la historia, como encierra vuestro destino y el de vuestra posteridad, fuerza es detenernos aqui todavía y considerar mas á fondo esta pasión pública de los hombres de Estado y de los hombres de genio contra la doctrina católica. La cuestión es grave, Señores, es delicada; pero tranquilizaos; Señores, os trataré como Massillon trataba á Luis XIV en la capilla de Versalles. Cuales-

quiera que sean vuestras exigencias y mi buena voluntad, no puedo hacer mas que trataros como trataba á su gran rey el gran siglo.

Una de las mas poderosas pasiones del hombre es la pasión de la soberanía. No solo quiere ser libre el hombre, sino que quiere ser señor; no solo quiere ser señor de su persona y de su casa, sino que quiere ser señor de los otros y de la casa de los otros. El furor de la dominación, dijo el ilustre conde de Maistre, es innato en el corazón del hombre. Yo le critico por esta expresión, puesto que la necesidad de la soberanía en el hombre no es un furor, sino una pasión generosa. Un hombre se halla colmado con todos los dones del nacimiento y de la fortuna; puede vivir en los goces de la familia, de la amistad, del lujo, de los honores y del sosiego, y no quiere. Se encierra en un gabinete y acumula á su antojo trabajos y dificultades: encanece bajo el peso de los negocios que no son los suyos, no teniendo por recompensa mas que la ingratitud de aquellos á quienes sirve, la rivalidad de las ambiciones contrarias y la censura de las personas indiferentes. Cualquiera muchacho salido de las mantillas de la escuela coge la pluma, y cuando solo tiene una sombra de talento en su aurora, y cuando no tiene abuelos ni servicios, cuando la sociedad nada le debe sino el perdón de su temerario arrojó, ataca al hombre de Estado, que en vez de gozar de su fortuna y de su nombre, se ha reservado apenas el tiempo de beber, entre la angustia de la mañana y de la noche, un vaso de agua ensangrentado. El hombre de Estado no se cura de eso; pasa desde su gabinete á los campos de batalla; vela al lado de la espada de Alejandro para aconsejarla; firma tratados de que las pasiones le pedirán cuenta antes que la posteridad, y por último muere, abreviado su curso por los trabajos, las cavilaciones y la calumnia; muere, y aguardando á que el porvenir le conserve un nombre, los contemporáneos esculpen un epigrama sobre su sepulcro.

Señores, la ambición es una pasión; pero al menos es una pasión que requiere fuerza; y despues del servicio desinteresado de Dios, no conozco nada mas heroico que el servicio público del hombre de Estado. El conde de Maistre hubiera debido decir, que la necesidad de la soberanía es innata en el corazón del hombre. ¿Y por qué no ha de serlo? ¿Sabeis bien la primera palabra que se os dijo, cuando salisteis de las manos de Dios? ¿Sabeis cuál fué la primera bendición de la humanidad? Escuchadla, hijos de Adán, y conoced vuestra grandeza: *creced y multiplicaos*, fué dicho á la raza humana cuando Dios le habló por la vez primera;

creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra (1). Si tal es vuestra vocacion, Señores, si estais llamados á gobernar la tierra, como los espíritus celestes han sido llamados á gobernar las esferas superiores, ¿por qué no habeis de tener la ambicion de vuestra naturaleza? Esta ambicion es desarreglada sin duda; pero al cabo en su origen era el voto de Dios, y si ella no existiese perecería el género humano. Así es que el cristianismo nunca ha atacado la soberanía humana.

Desde los primeros tiempos los hijos de Adán, divididos en familias, se dispersaron sobre la tierra, y de cualquier modo que fuese confiaron la soberanía, ya fuese á una asamblea, ya á un hombre, ya á una raza; y por la constitucion de la soberanía las familias se elevaron á la cualidad de nacion ó de Estado. El Estado es el hombre en su mas alto poder; el Estado es esa fuerza moral que se sienta en la frontera de los pueblos y guarda su territorio, exigiendo el respeto de los extranjeros; el Estado es la proteccion de todos los derechos y de todos los deberes; es la justicia viva que á todas horas vela por millones de hombres, y hace que no caiga impunemente ni uno solo de sus cabellos; el Estado es la sangre que ha sido derramada hace siglos por un pueblo; el Estado con sus mayores, su historia, sus batallas ganadas, y sus batallas perdidas, es su bandera sin mancilla; pues aun cuando haya habido alguna, nunca la confesamos, y nuestro deber es que la bandera nacional no sea juzgada sino por Dios solo; el Estado es la unidad, y la solidaridad de una gran familia humana. ¡Ah! sí, el Estado es una cosa sublime y sagrada, y el cristianismo no la ha tocado. ¡Y cómo habia de tocar á las entrañas de las naciones, á la justicia, á la paz, á la gloria, á la unidad! No lo creais. Cuando vino el cristianismo al mundo, encontró la soberanía humana deshonrada por los excesos, la encontró por tierra entre delitos; él la levantó y purificó, y la ungió en sus basílicas por mano de sus pontífices. Sostuvo á Clovis sobre el pavés, dándole lecciones que despertasen en el espíritu de los pueblos la confianza, el amor y el respeto. Creó la dignidad real cristiana, y con ella la fidelidad, ese sentimiento que hacia que un hijo de sangre régia fuese sagrado para toda una nacion, y que, no separándose la adhesion á Dios de la

(1) Génesis, cap. 1, vers. 28.

adhesion al Estado, saliese de todos los corazones un impulso que explicaba el poeta de este modo: *Si es una ilustre fortuna morir por su príncipe, ¿cuánto mas no debe serlo morir por su Dios?*

El cristianismo, pues, ha trabajado por el Estado; ha trabajado por la soberanía, en obsequio de Dios y de la paz; ha llevado al hombre de Estado á mas altura que le habia llevado ninguna otra doctrina; y estoy seguro de que ahora mismo, cuando comenzaba á hablar, habeis distinguido hasta en mi acento, que no aprecio en poco á un grande hombre de Estado.

Y sin embargo, Señores, los representantes y los órganos de la soberanía humana han contado á menudo y cuentan todavía gran número entre los adversarios de la doctrina católica. ¿En qué consiste esto? ¿Por qué error ó por qué ingratitud corresponden de este modo? Consiste, Señores, en que al paso que la doctrina católica reconoce, sirve y honra la soberanía humana, declara que tiene límites, y que, por lo menos, no es mas extensa que la soberanía de Dios. Ahora bien, Dios tiene en sí mismo una ley que es el límite, si se puede hablar así, de su omnipotencia; es decir, que su justicia, su bondad y su sabiduría, que son él mismo, no consienten que en el ejercicio de su omnipotencia traspase nunca los límites de lo que es verdadero, santo y justo. No solo es Dios la soberanía viva, sino tambien la ley viva, la ley eterna, y él nos ha dado un destello de esta ley en la ley natural y en la ley divina. Y estas dos leyes, expresion inmutable de las relaciones de todos los seres inteligentes, ¿á quién han sido confiadas desde el principio? ¿Acaso á la soberanía humana? ¿al Estado? No, Señores; nunca, nunca ha sido el Estado depositario de la ley natural y de la ley divina. ¿Quién pues las ha conservado desde el principio? ¿Quién? Un gran poder, Señores, un poder que no se subdivide como las naciones, un poder que se extiende desde un cabo del mundo á otro, un poder que, como la fuerza eléctrica, o como el iman, corre incesantemente de un polo á otro polo de la humanidad: ¡la conciencia! Ella es la que desde el principio fué depositaria de la ley natural y de la ley divina, y la que ha sido siempre en el mundo el contrapeso de la soberanía humana. Pero antes del cristianismo, mas bien, antes de Jesucristo, puesto que el cristianismo se remonta á la cuna de las cosas, antes de Jesucristo, la conciencia humana habia sido débil; habia hecho traicion al depósito que se le habia confiado. ¿Y qué hizo Jesucristo? Realzar la conciencia humana: Recibe el Espíritu Santo, le dijo un dia, los pecados

serán retenidos á quien tú los retuvieres, y serán remitidos á quien tú los remitieres. Todo, todo lo que tú atares sobre la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo. Le dijo además: No temas á los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma, te harán comparecer delante de las conciencias humanas divinizadas, delante de los príncipes, delante de los presidentes, y allí te preguntarán; pero no busques lo que has de responder, porque yo mismo pondré palabras en tu boca, á las que nadie podrá resistir. Jesucristo ha renovado la conciencia; le ha dado una fuerza que antes no tenía, prescribiéndole obedecer á Dios, mas bien que á los hombres; la ha armado con el martirio contra la soberanía humana degenerada en tiranía. « Mi alma es de Dios, mi corazón es de mi rey, mi cuerpo está entre las manos de los malvados, hagan de él lo que quieran. » Hé aquí la conciencia establecida en el mundo por Jesucristo, la conciencia católica. No era un sacerdote el que usaba este lenguaje, sino Aquiles de Harlay, primer presidente del Parlamento de París; ni tampoco fué realzado y reconstituido el poder espiritual de la conciencia en provecho del sacerdocio.

¿Qué hemos ganado nosotros? Antes de Jesucristo, el sacerdocio, aunque deslustrado por el error, era honrado, amado y llevado en los brazos del imperio. Las mas ilustres familias de Egipto, de Grecia y de Roma eran las que componían los colegios pontificales; y si en aquel tiempo se hubiese encontrado un hombre que se hubiera atrevido á decir del sacerdocio pagano lo que ahora se dice del sacerdocio católico, los tribunales de la república se hubieran abierto por sí mismos para anonadar al profanador de los derechos y de los custodios de la conciencia humana. Pero nuestra suerte, la suerte de los sacerdotes católicos es bien distinta: se nos ha dado lo que no tenían aquellos, la fuerza y la gracia de resistiros: se nos ha dado la soberanía de la conciencia con el precepto de derramar hasta la última gota de sangre por defenderla, y la hemos vertido y estamos dispuestos á verterla todos los dias. Hacemos mas: el martirio es poca cosa; lo mas difícil es resistir á los poderes no perseguidores, á los deseos de los hombres de Estado dignos frecuentemente de la mas alta estimación, es luchar con ellos palmo á palmo y dia por dia. ¡Ah! cuando un sacerdote quiere estar tranquilo y gozar de este mundo, abierto está el camino; no tiene mas que ceder y retirarse delante de la soberanía humana, procediendo á cada exigencia como sacerdote pagano, en vez de proceder como sacerdote católico, y le rodearán á porfía los honores, la piedad pública, el renombre

de tolerancia, el favor de la opinión, y hasta no necesitará de mucha habilidad para disimular su debilidad y salvar las apariencias de la dignidad pontifical y católica. Pero si un pobre sacerdote estima su conciencia en mas que su vida, si estorba la entrada á los esfuerzos de la soberanía humana, allí es donde empieza el martirio doloroso de combatir á aquellos á quienes se estima y á quienes se ama, y beber en el cáliz de un odio tanto mas inmerecido, cuanto que se trabaja y se padece por aquellos mismos que os persiguen.

¿En provecho de quién ha sido instituida la fuerza de la conciencia? ¿En provecho de quién? En vuestro provecho, Señores, en provecho de la humanidad. Esa ley natural y divina, de que somos custodios y no usufructuarios, víctimas y no beneficiarios, esa ley son vuestros derechos, vuestras libertades, vuestra constitución eterna, la esencia misma de Dios, en tanto que ella es sabiduría, justicia, bondad, en tanto que ella os protege contra vuestras pasiones y las pasiones de todo el universo. ¡Ah! contemplad siquiera una vez en vuestra vida el pecho de la Iglesia, esa ancha cicatriz que veis en su centro, esa cicatriz siempre húmeda, que es la sangre mas pura y mas perseverante que se ha derramado por la humanidad.

¡Gran Dios! vos sabeis estas cosas, vos, que las habeis hecho; vos sabeis por qué habeis establecido el poder de la conciencia, al mismo tiempo que el poder de la soberanía humana: pues bien, yo os lo pido delante de esta gran asamblea, dignaos extender vuestra mano sobre nosotros, iluminad los espíritus, enseñadles á reconocer dónde se hallan verdaderamente los defensores de sus derechos y de sus mas seguros intereses. Proteged esta obra que vos habeis hecho en el seno de las naciones; mantened la soberanía de la conciencia en frente de la soberanía humana; mantened la distinción del poder temporal y del poder espiritual, de donde ha salido la civilización del mundo. ¡Oh Dios, proteged la cristiandad! ¡oh Dios, salvad á la cristiandad!

Paso sin transición, Señores, á la pasión de los hombres de genio contra la doctrina católica.

El genio es el mayor poder que ha sido criado por Dios, humanamente hablando, para percibir la verdad: es una intuición súbita y vasta de las relaciones que enlazan á los seres, un límpido lago en que Dios y el universo se reflejan con tanto esplendor como colorido: es también la facultad de hacer visibles las ideas á aquellos que no las hubieran descubierto por sí mismos, de encarnarlas en imágenes palpables, y de infundirlas en el alma con un sentimiento que la con-

mueve al paso que la ilustra, que la avasalla, que la hace humillarse bajo esta accion del genio, y entregarse á él por un impulso semejante al que sentimos cuando el amor se apodera de nosotros y nos domina.

Así, Señores, naturalmente los hombres de genio empuñan el cetro de las ideas, como los hombres de Estado empuñan el cetro de las cosas; y de hecho antes de la venida de Cristo ejercian casi plenamente este imperio; inventaban fábulas, y estas fábulas se convertian en dioses. Un día salia un hombre de genio de su gabinete, iba á pasearse á su jardin; allí abria su boca de oro; jóvenes como vosotros, ávidos de saber, acudian á oírle, se agrupaban en torno de su vestidura, se colgaban de su cuello, y ved aquí á los platónicos, á los peripatéticos, á los estoicos. Todo hombre de genio tenia el placer de reunir en derredor inteligencias, de formar con ellas una escuela, de regirlas, y en fin, de satisfacer esa ambicion espiritual, todavía mas lisonjera que la ambicion de los reyes. Se nace sobre un trono; pero cuando se nace filósofo, poeta, orador, la naturaleza no excluye por estos dones la necesidad de abrirse paso hácia la gloria, ni el honor de llamarse hijo de sus obras y padre de su soberanía. Indudablemente nada acerca mas al hombre á la semejanza con Dios, el cual no tiene causa, porque existe por sí mismo; nada, repito, hace al hombre mas semejante á Dios bajo el aspecto del origen, que existir por sí, haberse formado, haber conquistado su nombre, y poderse decir: Yo no me debo mas que á mí mismo. Y esta necesidad de la gloria, este amor propio deliciosamente halagado por la posicion de jefe de escuela, estos arrebatos del orgullo son la pendiente del genio. A semejanza del caballo de la Escritura que relincha al son de la trompeta, cuando el hombre de genio oye el ruido de las ideas, late su corazon, sus cabellos se erizan, se inflaman sus ojos, y se dice: ¡Marchemos! y crea pronunciando un *fiat*. Y como Dios se recrea en esos ejércitos de soles que ha acumulado en derredor de su trono, el genio se complace en los sistemas que evoca en torno suyo, para que la humanidad los adore como en otros tiempos adoraba las estrellas del firmamento. Ved aquí ciertamente un gran orgullo; pero no lo censuremos demasiado: compadezcamos al hombre de genio, aun cuando se extravíe: acordémonos de que cuando Platon condenaba á los poetas á salir de su ciudad, recomendaba que se les coronase de flores, y se les condujese hasta las puertas de la poblacion al son de la lira, á fin de honrar el rayo de la divinidad que ardia en ellos, al paso que no queria aceptar su dominacion.

Ahora bien, Señores, nosotros hemos roto ese cetro de las ideas: confesémoslo; porque ¿de qué sirve disimularlo? Sí, nosotros hemos roto el cetro de las ideas en la mano de los hombres de genio. Desde Jesucristo, ya no hay escuelas filosóficas. Sócrates, Platon, Zenon y tantos otros, y sus discípulos, que siglos despues de su muerte juraban en su nombre, y no se atrevian á separarse un ápice de lo que habian escrito, todo eso ya no existe; la filosofía ha venido á ser impotente para fundar escuelas y hacerse obedecer. Se pregunta en Europa: ¿Dónde hay una filosofía, una escuela constituida? Esto se pregunta, y nadie responde: y sin embargo, poseeis grandes talentos; no lo digo irónicamente, poseeis grandes talentos. Pues bien, esos grandes talentos no pueden fundar, no ya una escuela que viva mil años, sino una escuela que subsista algunos días; semejantes á reyes destronados, carecen de un pedazo de tierra donde tendida su espada pueda creerse segura. Ved ahora á quién se ha transmitido el cetro de las ideas, empuñado antes por los hombres de genio. Un día reúne Cristo á algunos pescadores que echaban sus redes á la orilla de un lago; otro día les dice: Id, y enseñad á las naciones. Y otro día, hallándose congregados estos pescadores en un aposento, pasa sobre ellos un soplo, bajan á las plazas públicas, hablan, reúnen miles de hombres en derredor de su palabra, y desmoronan el edificio de la ciencia y de la religion pagana; pues á estos pequeños, y á los sucesores de estos y pequeños, ha sido transmitido el cetro de las ideas, el mas elevado que existe en el mundo. Un pastor, un jornalero que no ha manejado en toda su vida mas que la madera ó el hierro, viendo á su hijo jugar en su hogar, se dice á sí mismo: Haré de él un apóstol, un profeta. Sube al templo, presenta aquel niño al pontífice; el pontífice le recibe en sus brazos, le educa, le da la leche del Evangelio, y cuando ha crecido, hace que un día se postre en su basílica; pronuncia sobre él palabras misteriosas, y despues de unirla la frente y las manos le dice: Hijo del pastor, levántate; sube al trono de la verdad, habla á los hombres, á los reyes, á los pueblos; no tengas miedo de nada; inclínese toda autoridad delante de la autoridad de tu palabra; abate toda altura que se eleve contra la ciencia de Dios; nadie te resistirá, con tal que abrigues en tu pecho la fe y la caridad que tenia tu maestro.

Ved aquí, Señores, un espectáculo extraño, y bien concebís que al verle se indignen los hombres de genio y nos digan: Vosotros, sacerdotes de la doctrina católica, os creéis señores soberanos de la verdad y de las ideas; pero contemplad que no teneis sabios entre

vosotros, no tenéis escritores, no tenéis oradores. ¿Dónde están vuestros libros? Ved aquí el boletín de bibliografía. ¿Dónde está vuestro nombre? Si por casualidad aquí se encuentra, y se le pregunta al universo quiénes sois vosotros, el universo pasa silbando como el viento, que no responde á aquellos que le preguntan sino burlándose de ellos.

Es verdad, Señores, eso es cabalmente; nosotros no tenemos talento, y cuando le tenemos, no es lo mejor que podemos tener. Nosotros no tenemos talento; ¿y para qué habíamos de tenerlo? Escuchad á S. Pablo: *Escrito está: yo perderé la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes. ¿En dónde está el sabio, en dónde el prudente? ¿dónde el escudriñador de este siglo? ¿No hizo Dios loco el saber de este mundo (1)?* Y S. Pablo, triunfando en la idea de nuestra imbecilidad personal, exclamaba luego: *Y así, hermanos, ved vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; mas las cosas locas del mundo escogió Dios para confundir á los sabios, y las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir á los fuertes, y las cosas viles y despreciables del mundo escogió Dios, y aquellas que no son para destruir las que existen (2).* ¿Dónde estaría en efecto la divinidad de nuestra misión, si poseyéramos una ciencia excepcional y de otra manera que todo el mundo? Si nuestros libros estuvieran firmados á cada página por la mano del genio, nos creeríamos más que un poder humano. Conviene que nosotros seamos pequeños, locos para Jesucristo, porque entonces los pueblos que tienen buen sentido, y los hombres de genio, que también lo tienen, cuando quieren, se dirán: Ved aquí una cosa extraordinaria; esos pequeños hace diez y ocho siglos son dueños de todo, y nosotros estamos obligados á convocar los poderes del mundo para luchar con ellos. No me río de vosotros, Señores, si bien tampoco me humillo; pero estoy armado con la fuerza que Dios nos ha dado en nuestra debilidad, y gozo de ella. Nosotros somos los únicos que podemos triunfar sin amor propio, porque nuestro triunfo no procede de nosotros.

Pero en fin, ¿en provecho de quién ha sido transferido el cetro de las ideas desde los fuertes á los débiles, desde las manos del genio á las manos de la Iglesia? ¿En provecho de quién, sino en

(1) 1ª. Epíst. á los Corintios, vers. 19 y 20. — (2) 2ª. Epíst. á los Corintios, vers. 26 y sig.

provecho de la humanidad! Sí, el bien más precioso del hombre es la verdad, porque la verdad es Dios conocido. Es Dios derramándose en nuestros espíritus, como la luz se derrama en nuestros ojos. Ahora bien, el genio poderoso y creador se adora mucho más á sí mismo que adora á la verdad: es un custodio poco seguro, y propende de continuo á colocar su idea misma en el puesto de la idea divina. Considerando, pues, que el mundo no había creído conservar la verdad, como dice S. Pablo, por la sabiduría, Dios ha confiado la verdad á la locura de la fe; ha preferido la fe, que es el culto de la verdad, la humilde adoración de la verdad á la ciencia y al genio, sin excluirlos á pesar de eso cuando ellos quieren también adorar y servir. Ha preferido descender á un vaso de madera respetuoso y puro, más bien que permanecer en un vaso de oro impuro y con frecuencia rebelde. Sí, Dios ha preferido á la oligarquía orgullosa del genio la santa democracia de la fe y de la caridad. Yo se lo agradezco en lo íntimo de mi alma; yo le ruego fervorosamente que continúe siendo así, y que la verdad sea en la tierra algún tanto más grande y más poderosa que el genio.

Señores, esta noche celebramos el aniversario del Hijo de Dios venido al mundo en la sencillez y humildad de la infancia, y reconocido por los pastores antes que por los reyes. Os convidó á esta solemnidad, que es una fiesta de toda la familia humana. Ese niño, nacido entre viles animales, representa toda la humanidad: es el anuncio de que la gloria había sido arrebatada á los hombres para dársela á Dios, y darnos en cambio la paz. Os deseo, pues, en nombre de este nacimiento la paz del corazón; os la auguro, é intercederé para que esta noche tierna conmueva vuestra alma, y podáis repetir con Jesucristo niño esta frase que reasume cuanto acabamos de decir: *Gloria á ti, Padre mío, señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y entendidos, y las has descubierto á los párvulos (1).* Comenzad, Señores, á ser pequeños, humildes y niños, para llegar á ser los verdaderos hombres de genio, los conservadores, los vasos de la verdad, y por consiguiente para cooperar al establecimiento sobre la tierra de los deberes, de los derechos, de las libertades; de la salvación, fundado todo sobre el poder dado por Jesucristo á la fe y á la conciencia.

Ingresad, Señores, en este ejército de la verdad; Dios os llama

(1) S. Mateo, cap. 11, vers. 21.

desde en medio del mundo á los pensamientos eternos por una multitud de avisos. ¡ Ojalá que esta asamblea, este espectáculo, esta atencion que me prestais, os despierten, y que esta noche que se acerca para hablaros de Dios os sea *noche buena!*

SERMON DECIMOSÉPTIMO.

De la certidumbre sobreracional ó mística, producida en el espíritu por la doctrina católica.

La doctrina católica produce á la vez en el espíritu humano una certidumbre racional y una viva repulsion. La fuerza de la doctrina sale victoriosa evidentemente, puesto que desde hace tantos siglos ha resistido á esta repulsion perseverante: pero, Señores, ¿ es la certidumbre racional del cristianismo quien la ha sostenido por sí sola en la lucha? ¿ Es ese brazo de carne, ese socorro humano y visible á quien debe el haber triunfado de tantos y tan terribles enemigos? No lo creais, eso es imposible; toda doctrina que no tiene mas que un apoyo racional, que no se defiende mas que por la razon, es una doctrina impotente, una doctrina perdida, y para decirlo de una vez, una doctrina académica.

Quiero, pues, demostraros hoy dos cosas: la necesidad que tiene el cristianismo de poseer una certidumbre mas vasta y mas excelsa que la certidumbre racional, y la existencia de esa certidumbre mas vasta y mas excelsa en provecho de la doctrina católica, y como resultado de su accion.

Ya he dicho que la doctrina es la ciencia del bien y del mal, la ciencia de la vida: pertenece, pues, de derecho á todo lo que vive, comprendiendo la vida; á todo lo que vive, siendo dueño de la vida; á todo lo que vive, pudiendo dirigir su vida, es decir, á los seres inteligentes. Pero la doctrina no es un guía verdadero sino en tanto que da la certidumbre, porque una doctrina que no da la certidumbre no es mas que un hilo que se rompe entre los dedos, como aquel hilo que extraviaba mas bien que conducia á través de los tortuosos rodeos del laberinto. Ahora bien, la certidumbre racional, conviccion reflexiva y sabia, no se emplea evidentemente sino por un cortísimo número de hombres, capaces de darse cuenta de los motivos de su adhesion á un conjunto de ideas. Los niños no pueden hacer esto, y la niñez es el principio de la humanidad; toda humanidad pasa por la cuna, y está humillada entre mantillas